

LA CONCIENCIA INDIVIDUAL Y EL ESTADO

Francisco Javier Carrillo Montesinos

La «conciencia individual» es uno de los grandes misterios que la ciencia, y en particular las neurociencias, no lograron desvelar ni identificar el lugar del cuerpo humano en donde se encuentra. Es el denominador común de la especie humana. Reacciona a tenor del proceso de socialización al que nutre al tiempo del que se nutre. Elemento de retroalimentación de la historia de la humanidad, la «conciencia individual» sería inerte sin alteridad. Es el fundamento y la garantía de la vida democrática. Es el soporte y la esencia de toda doctrina social. En el lenguaje coloquial se suele decir: «es un inconsciente» o «es muy concienzudo». No es la ciudad la que nos hace libres, como se decía en la Edad Media, sino la «conciencia individual» que es intransferible. Nos da sin cesar señales, en primer lugar, para distinguir entre el bien y el mal. Siempre se hace el bien o el mal porque en la conciencia la libertad individual decidió optar por el bien u optar por el mal. Evoluciona con la evolución de la especie. Es la única fuente que alimenta a la alteridad, la relación con el otro en sociedad de pequeña o gran escala. Por ejemplo: el problema de la pobreza en el planeta Tierra es un «caso de conciencia» ya que la «conciencia individual» siempre está articulada con las conciencias de los otros; es el ingrediente básico de la «conciencia social». El Estado entró en el juego para regular, mediante la ley, las relaciones con el otro y entre los otros, pero no para convertirse en «conciencia colectiva», aunque el Estado-Leviatán lo pretenda a tra-



LA «CONCIENCIA INDIVIDUAL» TIENE SU ALTER EGO EN LAS OTRAS «CONCIENCIAS INDIVIDUALES», POTENCIANDO EL VALOR INTRÍNSECO DE LA DIGNIDAD DE CADA PERSONA... (IMAGEN: JAVIER BONED).

vés de la «razón de Estado», dotándose de un aparato totalizador que administra las conciencias individuales con pretensión de crear una «conciencia superior» en la que fundamenta el ejercicio del poder y, en cierta forma, anula las conciencias individuales que son las depositarias de los valores humanos, de la libertad, la moral o la ética en relación consigo mismo y con los demás. En la «razón de Estado» se encuentra el origen de la guerra y, por ejemplo, de los genocidios —como lo fue el Holocausto con los campos de exterminio nazis—, cuando adoctrina a las «conciencias individuales» para que asuman su propio nihilismo en la «conciencia colectiva» elaborada

por la «razón de Estado». De ahí, los totalitarismos, la egolatría y la negación del otro.

En la «conciencia individual» se hallan los fundamentos de los valores democráticos basados en la alteridad, y no en la «razón de Estado». Se hace presente, como contrapunto, en la presión para que el Estado acepte la «objeción de conciencia», que en España figura en la Constitución 78. Es una modalidad de reconocimiento a la libertad moral y a la opción por el bien que se encuentra junto al mal en nuestra propia conciencia.

La «razón de Estado», en ciertos lugares del mundo, llegó a convertirse en la «razón del Estado del bienestar». Algunos beneficiarios de ese bienestar optaron por el egoísmo, la avaricia y la codicia generados por el mal, lo que constituyó serio obstáculo para el bienestar de las «conciencias individuales» en un marco social de vida democrática. La «razón de Estado» siempre intenta sustituir a las «conciencias individuales», lo que de por sí es tarea imposible, porque el Estado no está dotado de su propia conciencia; nunca podrá tenerla.

¿Qué alternativa a largo plazo, que sólo puede definir la esperanza? Que los sistemas educativos, formales o no formales, familias incluidas, potencien en las «conciencias individuales», sistemáticamente, la opción libre del bien

contra el mal, en una perspectiva de personalismo comunitario. No se trata de una utopía más, porque la «conciencia individual» no es utópica sino una realidad que define la dignidad de cada persona y que, además, no puede ser activa en pro del bien si no acciona su propia justificación: la interacción con las otras «conciencias individuales».

El desarrollo de esta hipótesis de supervivencia entre humanos, llegado a su máxima expresión, requeriría menos «razón de Estado» y una simplificada y participativa administración de la vida en sociedad. Se da por supuesto, en tal hipótesis de trabajo, que quedarían operativas la libertad, la justicia, la igualdad y sin duda una fraternidad con contenido.

En resumidas cuentas, la «conciencia individual» tiene su alter ego en las otras «conciencias individuales», potenciando el valor intrínseco de la dignidad de cada persona, y no en la inexistente «conciencia colectiva» de cualquier Estado.

El enigma continuará porque la conciencia existe, somos conscientes de ello por sus reiteradas señales, pero mucho me temo que jamás se descubrirá en qué lugar del cuerpo humano se encuentra. Quizás es corporal y extracorporal. Nunca lo sabremos. ●